

IBN JALDÚN Y SU VISIÓN DE LA HISTORIA

Abd-ar Rahman Ibn Jaldún al Hadrani nació en Túnez en 1332, en medio de una familia andaluza. Más joven que sus contemporáneos Petrarca y Boccacio, murió en 1406, un año después del gran conquistador Tamerlan. Su vida corre paralela a la Guerra de Cien Años entre Francia e Inglaterra, y la peste negra que asola al Viejo Mundo se lleva a sus padres al mismo tiempo que despuebla las campiñas europeas. Es la época de la fundación de Tenochtitlan, del reinado de Tezozómoc (1363 a 1427) y del año 1389, en que los turcos derrotan a los cristianos del príncipe serbio Lazar en Kósovo.

Ibn Jaldún tuvo una vida muy activa como político, que lo llevó desde Marruecos hasta Egipto, y también como diplomático, si se piensa que fue embajador ante Pedro el Cruel de Castilla y que llevó su última misión ante Tamerlan, cerca de Damasco. Es además, según Elías Trabulse,

uno de los más grandes filósofos de la historia en quien la acción y la contemplación lograron en ciertos instantes una síntesis perfecta... fue asimismo un historiador de la aristocracia y un político fracasado como Tucídides, con quien a menudo se le com-

para. Filósofo de la decadencia de las culturas, su obra es sin duda uno de los monumentos históricos más impresionantes de la historia del pensamiento (1977: II).

En 1977 el Fondo de Cultura Económica y Elías Trabulse realizaron la hazaña de publicar los *Mugaddimah* o *Prolegómenos* (la introducción y el libro Primero de su Historia Universal).¹

Esa obra, escrita entre 1374 y 1382, antes de llegar a los cincuenta años, no se había publicado de forma integral en castellano antes de la traducción realizada por Juan Feres y rescatada por Elías Trabulse, quien realizó el estudio preliminar, la revisión y los apéndices.

Gracias a la cortesía del Fondo de Cultura Económica publicamos algunas páginas del gran "istor", quien expone su concepción de la historia. 

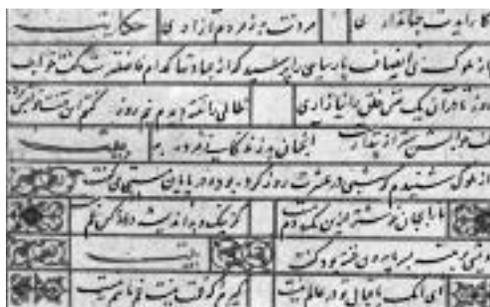
ISTOR

¹ Jaldún, Ibn, *Introducción a la Historia Universal. Al-Mugaddimah*, México, Fondo de Cultura Económica, 1977, traducción de Juan Feres con un estudio preliminar, revisión y apéndices de Elías Trabulse.

IBN JALDÚN

AL-MUGADDIMAH

INTRODUCCIÓN A LA HISTORIA UNIVERSAL



DETALLE TOMADO DE "GULISTAN", DE SAADI, EN *HISTORIA DE LA PINTURA*,
BILBAO, ASAURI EDICIONES, 1989, P. 93.

PREFACIO DEL AUTOR

“**E**n el nombre de Dios clemente y misericordioso!”

Dice el siervo pobre del Altísimo, rico de Su bondad infinita, Abderrahmān Ibn Mohammad Ibn Jaldún el Hadramí, que el Supremo le favorezca.

Alabado sea el Todopoderoso, poseedor de la Gloria y de la potestad, dueño del reino de los Cielos y de la Tierra, Suyos son los más bellos nombres y epítetos; Omnisciente sobre lo manifiesto y lo oculto, Omnipotente sobre lo celestial y lo terrenal. Quien del polvo nos hizo espíritu, tenue soplo; dígnos la

Extractos tomados de Jaldún, Ibn, *Introducción a la Historia Universal. Al-Mugaddimah*, México, Fondo de Cultura Económica, 1977, traducción de Juan Feres con un estudio preliminar, revisión y apéndices de Elías Trabulse.

Tierra por los siglos de los siglos, e hizo que la tierra nos prodigara frutos y bienes para nuestra subsistencia; multiplicónos en grupos y pueblos protegidos por Su magnanimidad, desde el claustro de nuestras madres, así como en el hogar; amparados con alimentos y bienes. Mas los días y los tiempos nos consumen, nos abaten los términos de nuestra existencia, prefijos en su libro cronometrado. Lo perdurable y sempiterno ¡sólo a Él pertenece! ¡Él es eterno!

¡Las oraciones y la paz sean sobre nuestro señor Mahoma!, el Profeta árabe cuyo nombre es citado en la Biblia y el Evangelio, y cuyo alumbramiento sacudió al universo antes de que comenzara la sucesión de los sábados y los domingos, antes de la existencia del espacio que separa a Zohal de Yehemut.

La paz sea sobre su familia y sobre sus Compañeros, quienes por su celo en amarle y seguirle han adquirido una gloria inmarcesible y un amplio renombre por secundar sus esfuerzos, constituyendo una unidad compacta, en tanto que la discordia dispersa a sus enemigos. Las oraciones y la paz de Dios sean sobre aquel cuya veracidad ha sido atestiguada por la araña y la paloma. ¡Que el Altísimo derrame sobre él y los suyos sus bendiciones, en tanto que el Islamismo goce de Su prosperidad! ¡Y que la infidelidad vea rotos los frágiles lazos de su existencia!

LA HISTORIA

Pasando a nuestro tema: La historia es una de las técnicas que se transmiten de nación a nación, de pueblo a pueblo; que en pos de ella van los estudiosos hasta países remotos, siendo esta ciencia anhelada aun por el vulgo y la gente ociosa; compiten en su campo reyes y principales, y es asimilada al propio tiempo por los instruidos como por los ignorantes.

Considerando a la historia en su aspecto exterior, parece que no pasa de ser una serie de anales y acontecimientos que han marcado el curso de épocas y estados de la antigüedad, y que testimonian el paso de generaciones anteriores. Es por tanto que en ella se cultivan diversos giros y citas sentenciosas, que son motivo de solaz en reuniones y celebraciones multitudinarias; es ella la que nos hace conocer la índole de la creación y sus trastornos experimentados. Nos ofrece un vasto panorama en donde se observa a los imperios promover su

carrera; nos muestra cómo los diversos pueblos han poblado el mundo hasta que la hora de la partida les fue anunciada, y que el momento de su ocaso ya había llegado.

Mas la ciencia histórica tiene sus caracteres intrínsecos, que son el examen y la verificación de los hechos, la investigación atenta de las causas que los han producido, el conocimiento profundo de la naturaleza de los acontecimientos y sus causas originantes. La historia, por tanto, forma una rama importante de la filosofía y merece ser contada en el número de sus ciencias.

Desde la fundación del Islamismo, los historiadores más distinguidos han abarcado en sus disquisiciones todos los acontecimientos de los siglos pasados con el fin de poderlos reunir en las páginas de los volúmenes y registrarlos para las generaciones sucesivas; pero los improvisados y charlatanes (de la literatura) los han adulterado, introduciéndoles falsedades, producto de sus propias fantasías, y fábulas ornamentadas confeccionadas al abrigo de deleznables tradiciones. Muchos de sus sucesores se han limitado a seguir sus huellas y ejemplos. Nos transmiten sus relatos tal como los recibieron, sin tomar la menor pena de indagar las causas de los sucesos, ni reparar en consideraciones acerca de las circunstancias concomitantes. Tampoco desaprueban ni rechazan tan burdas ficciones, porque el ingenio verificativo es en ellos casi nulo; el ojo crítico, generalmente miope; el error y el descuido son afines y acompañan siempre a las aprehensiones sofisticas; el espíritu de imitación es innato en los hombres y permanece atado a su naturaleza; por ello las diversas disciplinas del saber proporcionan una amplia carrera a los charlatanes; el campo de la ignorancia ofrece siempre su pasturaje insalubre; pero la verdad es una potencia a cuyo imperio nadie puede resistir, en tanto la falacia es un poder maligno que retrocede herido por los rayos de la razón. Al simple narrador corresponde hacer referencias y dictar los hechos; mas a la crítica toca fijar su penetrante mirada para descubrir lo que pueda haber de auténtico; es, pues, cuestión de saber depurar y bruñir, mediante la crítica, las facetas de la verdad.

Varios escritores han redactado numerosas crónicas muy detalladas, habiendo compilado la historia general de pueblos y dinastías; pero, de entre ellos, bien pocos gozaron de grande renombre, de alta autoridad, y que, en sus obras, hayan reproducido por entero los datos suministrados por sus antecesores...

...Determinar la falsedad o la exactitud de los datos es obra del crítico perspicaz, recurriendo siempre a la balanza de su propio juicio. Los sucesos que operan en la sociedad humana ofrecen caracteres de una naturaleza particular, caracteres que deben tomarse en consideración al emprender la narración de los hechos o la reproducción de los relatos, así como de los datos o documentos concernientes a los tiempos pasados.

La mayor parte de las crónicas dejadas por estos autores es redactada sobre un mismo plan y tiene por objeto la historia general de los pueblos; circunstancia que hay que atribuir a la ocupación de tantos países y reinos por las dos grandes dinastías musulmanas (la Omeya y la Abbasida), que florecieron en las primeras centurias del Islamismo; dinastías que habían poseído hasta el último límite la facultad de hacer conquistas o de abstenerse. Algunos de estos escritores han abarcado en sus relatos a todos los pueblos e imperios que existieron antes de la eclosión de la fe islámica, y escribieron tratados de historia universal. Tales fueron Masudí y sus imitadores. Entre sus sucesores, cierto número abandonó esa universalidad para reducirse a un círculo más estrecho; renunciando a extenderse hasta puntos remotos en la exploración de un campo tan vasto, se limitaron a fijar por escrito los acontecimientos dispersos que se relacionaban con hechos que marcaban su época. Cada uno de ellos trataba a fondo la historia de su país o lugar de su nacimiento, contentándose con narrar los sucesos concernientes a su ciudad y a la dinastía en turno. Esto mismo hizo Ibn Hayan, historiográfico de España y de la dinastía Omeyada establecida en dicho país, así como Ibn Ar-Rafiq, historiador de Ifrikiya y de los soberanos de Qairauán (Qairuán).

Los que escribieron después de ellos no fueron sino simples imitadores de índole burda e inteligencia estrecha; gente sin criterio propio que se conforman con conseguir, en todo punto, el mismo plan trazado por sus antecesores y normarse en su modelo, sin percatarse de las modificaciones que el decurso del tiempo imprime a los sucesos, ni de las mutaciones que opera en las costumbres y mentalidades de pueblos y naciones. Estos hombres sacan de la historia de las dinastías y de los hechos de siglos pasados una serie de relatos que se antojan vanos simulacros desprovistos de sustancia, cual una vaina carente de contenido; relatos de los cuales el lector está en el derecho de desconfiar,

porque no puede saber si son antiguos (auténticos) o modernos (inventados). Lo que ellos refieren es un hacinamiento de sucesos, sin idea de las causas, especie de hechos, sin haber sabido apreciar su naturaleza ni verificar los detalles. Reproducen en sus composiciones los relatos circulantes entre el pueblo, con exactitud, siguiendo el modelo de sus predecesores en la carrera; pero descuidan o ignoran la indicación del origen de los pueblos, su desarrollo y sus modificaciones, las causas decisivas de aquellos hechos, porque no han sido personas capaces de suministrar esos datos; por ello, las páginas de sus volúmenes quedan mudas a ese respecto. Cuando hacen referencia a la historia de una dinastía se conforman con narrar los sucesos de una manera uniforme, conservando todos los relatos, verídicos y falsos; mas ellos no se ocupan, en modo alguno, de examinar siquiera de qué origen era esa familia. No señalan los factores que condujeron a dicha dinastía a desplegar sus pendones y manifestar su poderío, ni tampoco las causas que le han forzado a detener su curso. El lector queda, pues, insatisfecho, procurando en vano descubrir la procedencia de tales acontecimientos, su importancia relativa y los móviles que los han producido, sean simultáneos, sean sucesivos; continúa indagando, pero no logra descorrer el velo que oculta las diversidades o las analogías que dichos acontecimientos puedan presentar. Esto es lo que expondremos íntegramente en los primeros capítulos de esta obra...

...Habiéndome enterado de diversos y numerosos trabajos realizados en el campo de la historia, y al cabo de sondear las honduras del pretérito y del presente, logré despertar mi intelecto de su somnolencia y pereza, y, aunque de corta riqueza en el sabor, inicié un regateo conmigo mismo, a efecto de decirme a componer una obra. Así, pues, he escrito un libro sobre la historia, en el que descorrí el velo que cubría los orígenes de los pueblos. Lo he dividido en capítulos, en unos se encierra la exposición de los hechos, en otros las consideraciones generales. Señalo primero las causas que condujeron a la organización social y al nacimiento de los reinos, tomando por tema primario de mi trabajo la historia de dos razas que, al presente, pueblan el Magreb llenando sus provincias y ciudades. Hablé de sus dinastías de larga duración y de reinos efímeros que estos pueblos han fundado; señalé a los príncipes y guerreros que habían producido en épocas pasadas. Estas dos razas son los árabes y los bere-

beres, las dos naciones que ocupan el Magreb, como es sabido. Ellas han habitado aquí durante tantos siglos que su permanencia apenas si permite imaginar a otros pueblos en su lugar. Excepto estos dos pueblos, no se conoce ninguna otra raza de hombres que haya habitado este país.

He depurado y analizado cuidadosamente las cuestiones que se relacionan con el tema de esta obra; he puesto su contenido al alcance de eruditos y de hombres de mundo, para cuya ordenación y distribución he seguido un plan original, he creado un método novedoso en el campo de la historiografía, inventando un sistema al respecto sorprendente, y un procedimiento enteramente mío. En tratando de lo relativo al progreso y la civilización, he desarrollado explícitamente todo lo que se presenta a la sociedad humana en materia de circunstancias características. De tal manera, he hecho comprender las causas de los acontecimientos y dado a saber por qué vía los fundadores de imperios inician su carrera. El lector ya no se encontrará en la obligación de aceptar a ciegas los relatos que se le presentan, podría ya conocer debidamente la historia de las edades y de los pueblos que le han precedido; sería capaz incluso de prever lo que podría surgir en el futuro... (pp. 91-96).

INTRODUCCIÓN

...La historia es una ciencia digna, que se distingue por la nobleza de su objetivo, su gran utilidad y la importancia de sus resultados. Es ella la que nos proporciona el conocimiento de las condiciones y costumbres de los pueblos antiguos, los actos de los profetas y la administración de los reyes. Asimismo, los que procuran instruirse en el manejo de los asuntos sociales, tanto espirituales como de carácter temporal, encontrarían en la historia útiles ejemplos y lecciones ilustrativas; mas, desde luego, para conseguir tal objeto, se hace necesario apoyarse en fuentes de diversa naturaleza y conocimientos muy varios. Son precisamente la disquisición atenta y la aplicación sostenida las que conducen a descubrir la verdad y resguardan contra el yerro y los tropiezos. En efecto, si se contenta con la simple reproducción de los relatos por la vía de la tradición, sin consultar las reglas proporcionadas por la experiencia, los principios fundamentales del arte de gobernar, la naturaleza misma del desarrollo social y las

circunstancias que caracterizan a la sociedad humana; si no se juzga de lo ausente por lo que se tiene a la vista, si no se compara el pasado con el presente, quizá no se estaría seguro de los tropiezos, de la caída en el error y del extravío de la senda de la veracidad. Con mucha frecuencia ha sucedido que historiadores, comentaristas y adalides en el conocimiento de las tradiciones históricas cometieran graves desatinos en sus narraciones de acontecimientos del pretérito, debido precisamente a su limitación en referir indistintamente toda especie de relatos, “los magros y los enjundiosos”, sin someterlos a los principios generales, aplicables al caso, ni compararlos con narraciones análogas, o sujetarlos a la prueba de las reglas que suministran la filosofía y el conocimiento de la naturaleza de los propios seres, sin finalmente someterlos a un análisis atento y una crítica inteligente; por lo mismo se han desviado de la verdad, extraviándose en el campo de la ilusión y del error. Ello ha tenido lugar, sobre todo, en materia de números, cuando, en el curso de un relato, tratan de cantidades de dinero o de fuerzas militares. En semejantes casos debe siempre prevenirse de los embustes y las extravagancias; por tanto, es absolutamente preciso controlar esos relatos mediante los principios generales y las normas que dicta el buen sentido...

...Casi nos hemos desviado del objetivo de esta obra, extendiéndonos sobre ese género de errores; pero numerosos autores cuya palabra hace autoridad y compiladores de sucesos y crónicas han tropezado a menudo recogiendo opiniones y relatos del género de los que hemos señalado. Esos falsos datos se graban en su mente; la mayoría de los lectores, que se compone de gente de débil criterio y poca disposición para emplear las reglas de la crítica, recibe dichos relatos y los adopta tal cual, sin el examen ni la reflexión debidos. Todo ello es incorporado al conjunto de conocimientos adquiridos, haciendo de la ciencia histórica una fruslería y una mezcolanza de inverosimilitudes y errores que desconciertan el espíritu del lector y colocan en un mismo nivel las fábulas y las informaciones históricas. Por tanto, es indispensable que el historiador conozca los principios fundamentales de la política, del arte de gobernar, la verdadera naturaleza de las entidades, el carácter de los acontecimientos, las diversidades que ofrecen las naciones, los países, la naturaleza geográfica y las épocas en lo que se refiere a costumbres, usos, modalidades, conducta, opiniones,

sentimientos religiosos y todas las circunstancias que influyen en la sociedad humana y su evolución. Debe tener plena conciencia de lo que, de todo eso, subsiste al presente, a efecto de poder confrontar el presente con el pasado, discernir sus puntos concordantes así como los contradictorios, señalar la causalidad de esas analogías o de aquellas disimilitudes. Imponerse del origen de las dinastías y de las religiones, de los puntos de su eclosión, las causas que suscitaron su devenir, los hechos que han provocado su existencia, la posición e historia de los que han contribuido a su fundación. En suma, debe conocer a fondo las motivaciones de cada acontecer y la fuente de todo dato, de un modo que abarcare todas las nociones relativas a su actividad. Entonces estará en la posibilidad de someter las narraciones que se le han transmitido al análisis conforme a los principios y normas que ya tiene a su disposición; de esta suerte, los hechos que concuerden con dichas normas y correspondan a todas sus exigencias, podrá considerarlos como auténticos; de lo contrario, deberá mirarlos como apócrifos y rechazarlos...

LIBRO PRIMERO

Sabed que la historia tiene por verdadera finalidad hacernos conocer el estado social del hombre, en su dimensión humana, o sea la urbanización y civilización del mundo, y de darnos a entender los fenómenos concomitantes naturalmente a su índole, tales como la vida salvaje, la humanización, la coligación agnaticia ("al-asabiya"), las diversas formas de supremacía que los pueblos logran unos sobre otros y que originan los imperios y las dinastías, las distinciones de rangos, las actividades que adoptan los hombres y a las que dedican sus esfuerzos, tales como los oficios para subsistir, las profesiones lucrativas, las ciencias, las artes; en fin, todo el devenir y todas las mutaciones que la naturaleza de las cosas pueda operar en el carácter de la sociedad.

Ahora, como la mentira se introduce naturalmente en los relatos históricos, convendría señalar aquí las causas que la determinan: 1° La adhesión de los hombres a ciertas opiniones o ciertas doctrinas. En tanto que el espíritu del individuo es de disposición moderada e imparcial, acoge el relato que se le presenta con el análisis debido y lo examina con toda la atención que el caso re-

quiere, hasta conseguir dilucidar la exactitud o la falsedad de la noticia; pero si ese espíritu es susceptible a dejarse influir por su parcialidad de tal opinión o tal doctrina, aceptaría, sin titubeo, la narración que convenga a su partido. Tal propensión y esa parcialidad cubren cual un velo los ojos del intelecto, impidiéndole escudriñar las cosas y analizarlas detenidamente, cayendo así en la aceptación del embuste y su difusión.

La segunda causa que determina el embuste en los relatos es la confianza en la fuente transmisora. Para reconocer si es digna de fe, es preciso recurrir a un examen análogo al que se designa con los términos *improbatio et justificatio*.

Una tercera causa es la falta de reparo en la finalidad que los actores persiguen en los grandes acontecimientos. La mayoría de los narradores ignoran el propósito con el cual las cosas que han observado, o de las que se les ha hablado, han sido hechas; exponen por tanto los acontecimientos conforme al modo de su entender, y, dejándose inducir por sus conjeturas, caen en la mentira.

La cuarta causa consiste en suponer la verdad erróneamente. Esto es un defecto bastante común; proviene, generalmente, de un exceso de confianza en las personas que han transmitido los datos.

Como quinta causa podemos señalar la ignorancia de las relaciones que existen entre los sucesos y las circunstancias concomitantes. Tal se advierte entre los historiadores cuando los pormenores de un relato han padecido retoques y alteraciones. Reproducen, por ende, los acontecimientos tal cual los concibieron, menoscabando la exactitud y la verdad misma.

La sexta causa estriba en la inclinación de los hombres a ganar el favor de los personajes y figuras relevantes, a efecto de elevarse en posición; se desborndan, por ello, en alabanzas y ponderaciones, enaltecíéndoles sus hechos. Los respectivos relatos, plagados de falacia, son objeto de extensa divulgación. En efecto, los espíritus humanos encierran gran pasión por los elogios; los hombres aspiran a los bienes mundanos de toda especie, tales como el renombre y la riqueza; por lo regular, muy poco ambicionan destacarse por las nobles cualidades o por demostrar consideración a la gente de verdaderos méritos.

Otra causa más, que aventaja a todas las ya expuestas, es la ignorancia de la naturaleza del desarrollo social y sus circunstancias concomitantes. Todo acontecer, sea espontáneo o sea por el efecto de una influencia exterior, tiene, ine-

ludiblemente, su índole propia, tanto en su esencia como en la circunstancia concomitante; por ello, si el que lo recoge conoce de antemano los caracteres que se presentan en la realidad, los acontecimientos y los hechos, así como sus causas, ello le ayudaría para analizar y controlar toda especie de relatos y discernir la verdad del embuste, pues tal recurso comprende mayor eficacia que otro alguno.

Muy a menudo ocurre que los hombres, con el simple “oí-decír”, aceptan leyendas absurdas, que comunican en seguida a los demás y se divulgan basadas en su palabra. Por el estilo es la narración de Al Masudí relativa a Alejandro Magno. Según esta leyenda, el macedonio, viendo que los monstruos marinos le impedían fundar la ciudad de Alejandría, mandó fabricar un cofre de cristal. Ya metido dentro del cofre se hizo descender al fondo del mar, en donde pudo diseñar las figuras de dichos monstruos diabólicos que se ofrecían a su vista. De vuelta en tierra encargó la reproducción de aquellas figuras en cierto metal, hechas las cuales destacólas delante de los edificios que se habían comenzado. Al salir los monstruos de nuevo y ver aquellas imágenes suyas, emprendieron la fuga, dejando así llevar a cabo la construcción de la referida ciudad. Lo anterior forma parte de una larga historia, plena de cuentos fabulosos como absurdos. Por una parte, no era posible fabricar un cofre de cristal capaz de resistir los violentos embates de las olas; por otra, un rey no se expone fácilmente a semejante aventura, tan peligrosa como imprudente. Luego, si él se arriesgaba en parecida temeridad, se exponía a perder su propia vida; el pacto social se rompería y sus súbditos se reunirían en torno de otro príncipe, sin dejarle tiempo siquiera para regresar de su imprudente expedición. Además, los genios no tienen una forma ni figura particular, sino que pueden tomarla a capricho. Cuando se refiere que éstos poseen numerosas cabezas, se tiene por finalidad no el decir una certeza, sino inspirar el horror y el espanto.

Todas estas extravagancias contribuyen al descrédito de la narración de Masudí, pero hay todavía un hecho que demuestra, de una manera más evidente, la absurdidad y la imposibilidad física de lo que nos cuenta. El hombre sumergido en el agua, aunque fuere dentro de un cofre, bien pronto sentiría una gran insuficiencia de respiración natural, dada la rareza del aire, y su hálito no tardaría en calentarse. Privado del aire fresco, que mantiene el equilibrio

entre el pulmón y los espíritus cordiales, moriría en el acto. Tal es la causa que ocasiona la muerte de las personas encerradas en la pieza de un baño, en donde se suele evitar la penetración del aire fresco. Igualmente, es el motivo que hace perecer instantáneamente a los que descienden a un pozo o a un subterráneo de grande profundidad. De ahí la razón de que el pez cesa de vivir en el momento en que se halla fuera del agua, pues el aire no le es suficiente para mantener el equilibrio en pulmón, cuyo calor extremado requiere ser temperado por el frescor del agua. La atmósfera a la que se le hace salir es demasiado cálida para él, cuyo efecto obra rigurosamente sobre su espíritu animal, y el pez muere súbitamente. Se explica de la misma manera la muerte de las personas tocadas por un rayo.

Otra leyenda del mismo género citada por el propio Masudí dice que en la ciudad de Roma se ve la estatua de un estornino, en torno de la cual, en cierto día de cada año, grandes bandadas de pájaros de la misma especie se juntan, portando en sus picos una aceituna cada uno. Los frutos transportados de esa manera sirven –según este autor–, para suministrar a los habitantes lo bastante para su consumo de aceite. ¡Ved, pues, qué modo tan singular de obtener el aceite de oliva, y cuán remoto es del curso natural de las cosas!...

...Los investigadores (de la verdad) consideran, en el número de los puntos que hacen repelar la autenticidad de un relato, la imposibilidad del hecho que el mismo enuncia, sea por lo que se refiere a la significación normal de los vocablos, o sea porque se les dé una interpretación que repugna a la razón. En cuanto a los datos que se refieren a la ley (musulmana), éstos consisten, en su mayor parte, en prescripciones arbitrarias cuya observancia ordena el Legislador, y que deben aceptarse a condición de creerlas auténticas. Ahora, para llegar a esa creencia, se precisa estar perfectamente convencido de la credibilidad y de la exactitud de las personas que han transmitido dichos datos. Por cuanto hace a los relatos de acontecimientos, es indispensable, antes de considerarlos como auténticos y verídicos, reconocer su concordancia (con la realidad del mundo). Para conseguirlo se precisa examinar si el hecho es posible: esto es un medio más eficaz que el precedente de justificación y que debe emplearse con antelación. La validez de las prescripciones arbitrarias se establece por la justificación únicamente, en tanto que el valor de una noticia histórica

se obtiene por el empleo de ese procedimiento juntamente con el examen de la concordancia que exista entre el relato y lo que la realidad nos ofrece ordinariamente.

Al ser ellos así, la norma por observar para discernir en los relatos lo verdadero de lo falso se fundamenta en la apreciación de lo posible y de lo imposible, y consiste en examinar a la sociedad humana, es decir, a la civilización; distinguir, por un lado, lo que es inherente a su esencia y a su naturaleza, y por el otro, lo que es accidental y que no debe tomarse en cuenta, reconociendo asimismo lo inadmisibles. Procediendo así tendremos una regla segura para distinguir, en cuanto suceso y noticia, la verdad del error, lo verdadero de lo falso, valiéndonos de un método demostrativo que no dejará lugar alguno a duda. Entonces, si oímos la noticia de algunos sucesos de los que acontecen en la sociedad humana sabremos formar nuestro juicio sobre lo que debemos aceptar como verídico o rechazar como falso. Estaremos así provistos de un positivo instrumento que nos permitiría apreciar los hechos a ciencia cierta, y que serviría a los historiadores de guía en el desarrollo de sus trabajos para procurarse el sendero de la verdad.

Tal es el objeto que nos hemos propuesto alcanzar en este primer libro de nuestra obra. Como que se trata de una ciencia *sui generis*, de un tema específico que aborda a la sociedad humana y su desenvolvimiento, refiere varias cuestiones que sirven para explicar sucesivamente los hechos y fenómenos inherentes o vinculados a la esencia misma de la sociedad. Tal es el carácter de todas las ciencias, tanto las objetivas como las racionales.

Las disertaciones en que vamos a tratar nuestro tema integran una ciencia novedosa, que será notable por la originalidad de sus miras así como por el alcance de su utilidad. Nos condujo a descubrirla la búsqueda insistente y la consecuencia de profundas meditaciones. Esta ciencia no tiene nada en común con la retórica, que es una rama de la lógica y que se limita al empleo de discursos persuasivos, propios para inducir a las multitudes a una opinión, o en contra de ella. Tampoco tiene nexos con la ciencia administrativa, que comprende por objeto el gobierno de una familia o una ciudad, conforme a las exigencias de la moral y la prudencia, a efecto de encauzar al pueblo por una senda que conduzca a la conservación y perduración de la especie. Difiere, pues,

de ambas ciencias, aunque quizá pudiera ofrecer algún rasgo de semejanza con ellas. Me parece la mía una ciencia de nueva creación, sin precedente, producida espontáneamente, porque, a fe mía, nunca he visto ni he sabido de tratado alguno que se haya escrito especialmente sobre esta materia. Ignoro si hay que atribuir a la negligencia de los autores el olvido del tema, lo cual, desde luego, no debe lesionar su consideración.

Tal vez hayan escrito sobre el particular y tratado el tema a fondo sin que su producción haya llegado hasta nosotros. De hecho, las ciencias son numerosas, asimismo los sabios de diversos pueblos de la especie humana; mas las producciones científicas que no hemos conocido sobrepasan en cantidad a las que han llegado hasta nosotros. ¿Dónde están las ciencias de Persia, cuyos volúmenes, en la época de la conquista, fueron destruidos por orden de Omar? ¿Dónde las de los caldeos, de los asirios, de los babilonios? ¿Dónde quedaron las manifestaciones, resultados y vestigios que ellas habían dejado en esos pueblos? ¿Dónde están las ciencias que, en la antigüedad remota, florecieron entre los coptos y otros pueblos anteriores?

Es una sola nación, la Grecia, de la que poseemos exclusivamente las producciones científicas, gracias al amor y la solicitud de Al Mamún, que encargó su traslado de la lengua original. La empresa de dicho califa pudo coronarse con el éxito merced al gran número de traductores y a la liberalidad de él mismo. Excepto estas ciencias, nada hemos conocido de los demás pueblos.

Como toda verdad puede ser concebida por la inteligencia, así como su concordancia con la naturaleza de las cosas, y que la indagación de los accidentes que dependen de su esencia es cosa factible, resulta que el análisis de cada verdad y de cada cosa concebidas por el intelecto hacen nacer una ciencia particular. Empero, los sabios que pudieron haber considerado esas materias parece que no han tomado otro interés en ello que el provecho que pudiera reportar. Ahora la ciencia que nos ocupa no brinda otra ventaja que las investigaciones históricas, tal como el lector lo habrá notado, y si bien las cuestiones que se ligan a su sustancia y sus circunstancias propias suministran un noble tema de estudio, es necesario confesar que los resultados no ofrecen sino un débil aliciente, puesto que ello se reduce a la simple verificación de las noticias. Quizá sea por esta razón que los sabios le hayan pasado por alto. Lo demás Dios lo

sabe, “Las ciencias que habéis recibido en reparte se reducen a poca cosa” (Corán, sura XVII, vers. 87).

Esta rama del humano saber, que ha venido a ser, para nosotros, un objeto de disquisición, nos presenta problemas que ya se han ofrecido accidentalmente a los eruditos, sirviéndoles de argumento para apoyar las ciencias que ellos cultivan; mas esas cuestiones, por su tema y objeto, participan de la clase de las que nuestra disciplina se ocupa. Es así que los sabios y los filósofos, queriendo demostrar la divina misión de los profetas, alegan que los hombres, que deben ayudarse mutuamente a fin de poder existir, tienen necesidad de un jefe para controlarlos. Asimismo, en los tratados sobre los principios fundamentales de la jurisprudencia se encuentra enunciado, en el capítulo referente al lenguaje, que los hombres han menester de expresar su pensamiento a efecto de poder prestar el socorro recíproco y la colaboración en su vida social, y que el lenguaje es el instrumento más fácil de emplear. Es así que los faqihs (jurisconsultos), deseando explicar los motivos que han conducido a la promulgación de las disposiciones jurídicas, exponen que la fornicación confunde a las generaciones y daña a la especie, que el homicidio le perjudica igualmente, que la tiranía presagia la ruina de la sociedad, de donde resulta necesariamente el estragamiento de la misma especie. Podríamos citar todavía otros motivos y propósitos que han movido al Legislador a promulgar ciertas leyes, y que todas descansan en la necesidad de conservar la sociedad humana. De acuerdo con lo que acabamos de exponer, queda manifiesto que esas cuestiones se relacionan con las circunstancias que afectan la vida social. Hallamos asimismo acá y acullá una que otra cuestión del mismo género que algunos sabios refieren someramente.

En la fábula del búho, tal como la refiere Al Masudí, Mubadzan dice, entre otras cosas, a Bahram, hijo de Bahram:

Oh rey, la grandeza y potencia del reino sólo se culminan con la observancia de la ley, la completa sumisión a Dios y el cumplimiento de sus mandatos y proscipciones. La ley sólo subsiste con el poder; la potencia del poder descansa en los soldados; el mantenimiento de los soldados requiere dinero; el dinero sólo se obtiene mediante el desarrollo social, el desarrollo social sólo se consigue con la justicia administrativa; la justicia

es una balanza que el Señor alza entre los hombres, a cuya vigilancia ha asignado un administrador, o sea el rey.

Anushirván dice, por su parte: El reino se apoyó en el ejército; el ejército en el dinero; el dinero en los impuestos; los impuestos en la prosperidad social; la prosperidad en la justicia; la justicia en la rectitud administrativa; la rectitud en la integridad de los visires. El punto capital estriba en la diligencia del rey para acercarse personalmente a los súbditos y observar sus condiciones, resolver sus problemas y enderezar rigurosamente su conducta, con el fin de que él reine sobre ellos, y no ser dominado.

El tratado sobre la política atribuido a Aristóteles, y que circula entre el público, contiene varias y útiles observaciones acerca de nuestro tema; pero éstas carecen del carácter cabal y de las pruebas suficientes que reclaman; además, se encuentran mezcladas a otra materia. En la misma obra el autor señala también las máximas que acabamos de citar, según Mubadzan y Anushirván. Aristóteles las ha ordenado en un círculo, y haciendo de ellas un gran elogio las presenta de esta manera:

El mundo es un jardín cuyo vallado es el Estado; el Estado es una potencia que asegura la vigencia de la ley; la ley es una regla administrativa cuya ejecución vigila el rey; la realeza es un régimen que apoya el ejército; el ejército es un cuerpo auxiliar mantenido con dinero; el dinero es una contribución que suministran los súbditos; los súbditos son siervos que la justicia protege; la justicia es una entidad habitual, en la que se fundamenta la existencia del mundo. Así, el mundo es un jardín, etcétera.

Aristóteles repite, así, su oración. Estas ocho máximas comprenden igualmente la filosofía y la política; coherentes entre sí, el final de la una se enlaza con el comienzo de la otra, formando de esta suerte un círculo sin fin. El Primer Maestro se ufanaba bastante de haber descubierto esta combinación, ponderando pomposamente sus ventajas.¹

¹ Se buscaría inútilmente este pasaje en la *Política* o en los *Económicos* de Aristóteles. Ibn Jaldún lo habrá probablemente encontrado en alguna de las obras apócrifas que circulaban entre los musulmanes, y que éstos aceptaban como una de tantas traducciones de los escritos dejados por el gran filósofo griego.

Si el lector reflexionara en el capítulo en que tratamos sobre los gobiernos dinásticos y la monarquía, prestándole la atención debida, encontrará el desarrollo de dichas máximas y una exposición cabal de su contenido; exposición simple, detallada, sustentada por una dilucidación y las pruebas más evidentes. Ello es gracias al favor del Supremo que hemos adquirido esos conocimientos, independientemente de las enseñanzas aristotélicas y de la lección de Mubadzan.

En cuanto a mí, repito, eso fue una inspiración celestial que me condujo a esta empresa, haciéndome topar con una ciencia de cuyo secreto hízome depositario, así como de su fidelísima interpretación. Si he logrado tratar a fondo las materias relacionadas con ella, si supe discernir y reconocer los diversos aspectos y las tendencias de esta ciencia, distinguiéndola así de las otras, ello sería el efecto del favor y de la dirección divinos. Si, de lo contrario, algún punto se me ha escapado en la enumeración de sus caracteres distintivos, si alguna cuestión se halla confundida con otra, el lector crítico sabrá rectificar mi error, pero yo tendré siempre el mérito de haberle abierto la ruta e indicado el camino; y “Dios dirige con su luz a quien quisiere” (Corán, sura XXIV, vers. 35) (pp. 141-149). ❧